

Nuevas sensaciones

Por Carolina Gascón.

El día exacto de su cumpleaños, Nadia se había arropado siempre de sus personas favoritas. Le encantaba reunirlos a todos, no le importaba que fuese lunes o viernes, ella lo convertía en fiesta nacional.

Este año iba a ser diferente; Martín le propuso cenar y aceptó sin pensarlo dos veces. Cuando se lo comunicó a su gente todos se sorprendieron, Nadia alegaba que quería ser el motivo de felicidad de él.

Este cumpleaños ansiaba un regalo especial, inolvidable, nada que tuviese que ver con lo material, más bien un sentimiento, una alteración erotizante. Martín era el indicado para satisfacer ese deseo.

Hacía mucho tiempo que mantenía relaciones con hombres, pero le importaban de manera efímera, sólo significaban puro placer.

Martín era una sutil perversión diferente a las demás, un gozo anhelado. Su conexión imitaba la del imán y el metal, con el contacto mínimo aumentaban sus pulsaciones de manera considerable. Cada vez que se veían parecía que una espesa nube les rodeara para abofetear todos sus sentidos, fortaleciendo las necesidades fisiológicas y desafiando las emociones.

El día de su cumpleaños salieron a cenar. Cuando llegó la tarta, Martín le dijo que soplase las velas a la par que pedía un deseo. Era consciente de lo que Nadia iba a rogarle al destino, acto seguido sacó su tabaco de liar y ella le propuso construirle el cigarro. Nadia nunca había fumado, pero le apetecía hacerse fotos al estilo de Sara Montiel, simulando que era un puro. Era una pareja divertida y sin desperdicio.

Abandonaron el restaurante. Ella era coqueta y le complacía gustar; Tenía la gracia de un maniquí y sabía llevar la ropa. Caminó recta, sexi y con mirada firme, los brazos de él rodearon con astucia su cintura, sentía que debía marcar territorio, mostrarle a los demás curiosos con quién pasaría la noche.

Cuando se alejaron, él la estrechó posesivo, casi no la dejaba respirar, Nadia notaba el cuerpo varonil, vibrante, duro y musculoso, ciñéndose en las marcadas curvas que la definían, todos sus nervios estaban tensos, a punto de estallar.

Martín buscó sus labios, le imprimió besos que fueron para ella como la lluvia a la tierra sedienta. Comenzó despacio, luego impulsado por el ardor de su sangre se volvió indomesticable, aquellos mimos salvajes recorrían su boca, sus ojos y su cara. De nuevo se detenían en sus jugosos labios, el pecho de Nadia se alzaba al ritmo de suspiros. Se desataba la furia en mitad de la calle.

Como pudieron avanzaron y subieron al coche, dirección la habitación de los espejos de Nadia. Ese trayecto iba a ser distinto, ella era una loca que le encantaba traficar adrenalina, Martín la consumía como un yonki.